

Eliseo resucita al hijo de la sunamita - (2 R 4:18-37)

Es una familia bendecida. La esposa es una mujer compasiva y con interés en los temas espirituales. El esposo es un hombre ya entrado en años. Ambos pensaban que no iban a tener hijos, hasta que en una ocasión la mujer recibió una promesa del profeta Eliseo. En un año tendría un hijo, ¡y lo tuvo! El niño creció y, como era costumbre en aquella sociedad, acompañaba a su padre en las tareas agrícolas.

Del hombre sabemos muy poco. Parecería ser de esa clase de personas absorbidas por su negocio; de aquellos que, aunque acontezca algo importante, creen que el trabajo está siempre primero.

Esa mañana, el niño se levantó como de costumbre lleno de vida. Fue con su padre al campo cantando y saltando. Durante el camino, el niño acosa a su padre con preguntas: “Papá, ¿por qué se hace la siega ahora y no dentro de un mes, cuando está más fresco? ¿Por qué el trigo se dora cuando madura? ¿Por qué crecen espinos entre nuestros cultivos?”.

De pronto, el niño deja de sonreír y gime de dolor. Se lleva las manos a la cabeza y comienza a vomitar. Exclama:

— ¡Mi cabeza, mi cabeza! Con tales síntomas, desde el punto de vista médico, ya se puede hacer el dictamen con un 99 por ciento de seguridad. Este es quizás, de toda la Biblia, uno de los casos en que el diagnóstico clínico ofrece mayor certeza. El padre, suponiendo que no se trata de nada serio, manda a su criado que lleve el niño a su madre.

El pobre criado, aunque no es un hombre educado, se da cuenta de que el niño está muy grave. Llega a la casa y llama a la puerta a los golpes y gritos. Cuando la madre ve al niño, lo toma en sus brazos y lo recuesta sobre sus rodillas. Suponemos los pensamientos que corren por el corazón de esta pobre mujer. Ella había rogado durante tantos años a Dios por un hijo, y al final el Señor se lo había concedido. Ella se acuerda de la promesa del profeta Eliseo y de lo que sintió en ese momento. “*No engañes a tu sierva*”, le había respondido al profeta con incredulidad. Las horas pasan, y el niño no mejora. Desde el punto de vista médico, podemos imaginarnos los síntomas y la evolución muy claramente. El sangrado en la parte de afuera del cerebro produce una cefalea, esto es, un dolor de cabeza insoportable. El paciente empieza a vomitar debido a la estimulación de los centros del sistema nervioso, se torna inconsciente y no responde a las preguntas; entra en coma, y luego sobreviene la muerte.

Mientras la mujer abraza y besa a su niño, ruega a Dios que tenga misericordia y sane a su hijo. Pasa sola esas tremendas horas de prueba. Su esposo “está demasiado ocupado” y sigue en el campo con los segadores. Pasado el mediodía, el niño da su último respiro y muere. ¿Qué hacer en esa circunstancia? Esta mujer de fe sabe que no está todo perdido. En las múltiples visitas del profeta Eliseo a su casa, ha escuchado las historias de los milagros del profeta Elías. Y aquella historia de la resurrección del hijo de la viuda de Sarepta es un relato que nunca podrá olvidar. Aunque su hijo esté muerto, sabe que no todo está perdido. Esta circunstancia me recuerda las palabras de Marta hablando de su hermano Lázaro: “*Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto*” (Jn 11:21).

Entonces la mujer hace algo que sólo se puede explicar por el conocimiento que tiene del milagro de Elías: “*Ella subió, lo acostó sobre la cama del hombre de Dios, cerró la puerta y salió*” (2 R 4:21). Visualizo a esta mujer subiendo los peldaños de esa escalera exterior

de la casa. Lleva en sus brazos una carga preciosa. Sus ojos están hinchados a causa del llanto; su rostro está cubierto por las lágrimas. Sube esa escalera como si cada paso la acercara más al único lugar donde puede haber una esperanza. Deposita el cuerpo muerto sobre la cama del varón de Dios. El cuarto está tal como la familia lo había preparado para el profeta. Una cama, una mesa, una silla y una lámpara que está apagada.

La madre, con el alma destrozada por el dolor, mira una vez más el cuerpo sin vida de su hijo. Aquel niño, que esa misma mañana estaba saltando y jugando, ahora no se mueve. Esa boca que pronunciaba palabras y hacía preguntas sin cesar no se abre. Esos ojos inquietos y traviesos están inmóviles. La madre cierra la puerta y al escuchar el sonido del portazo sabe que ahí ha quedado el tesoro de su corazón. Le comunica a su esposo que le mande un criado y una de las asnas para ir a buscar al *“varón de Dios”*. Probablemente para no inquietarlo, no le dice que su hijo está muerto. Si lo hubiera hecho, quizás él hubiera tratado de disuadirla, por considerarlo todo completamente perdido. Algo muy parecido le sucedió a Jairo, cuando fue a buscar a Jesucristo para que sanara a su hija. Al recibir la noticia de que su hija ya había muerto, la gente le decía: *“No molestes más al Maestro” (Lc 8:49)*. Hoy, en una situación de emergencia, llamaríamos al 911. Entonces saldría una ambulancia equipada para emergencias con las luces encendidas, haciendo sonar su sirena, para llevar al enfermo al centro de cuidados intensivos más próximo. Pero aquel día, en aquellos tiempos, las cosas no eran así. La madre le dice al sirviente: *“No te detengas por mí en el viaje, a menos que yo te lo diga” (2 R 4:24)*.

No sabemos exactamente cuánto tiempo habrá tomado el viaje. La distancia a la zona del monte Carmelo sería de entre 25 a 35 kilómetros. Quizás la caminata duraría alrededor de cuatro a seis horas. Pero, ¿qué diferencia hacen unas pocas horas cuando alguien lleva muerto más de tres o cuatro minutos? Después de ese tiempo, el daño a las delicadas estructuras del cerebro es irreversible. Mientras la madre hace ese largo recorrido, los recuerdos de la vida de su hijo vuelven otra vez a su memoria. Se acuerda de cuando recibió la promesa. De cuando el niño nació y de la celebración que hizo toda la familia. Recuerda cuando el niño se sentó por primera vez y cuando empezó a caminar. De la alegría que sintió su hijo al poder dar sus primeros pasos, antes de caerse para volver a levantarse otra vez. Recuerda las historias sagradas que ella le narraba antes de dormir. Hace memoria del júbilo que tenía el niño al volver del campo con su rostro sucio por el polvo del camino y sus cabellos revueltos. Ahora todo esto ha pasado. Su hijo está muerto. Pero esta mujer sabe que una vez un profeta hizo un milagro. ¿Será posible que Eliseo, el varón de Dios, pueda repetirlo? Luego de varias horas de andar y andar, se acerca a la zona donde vive el profeta. *“El hombre de Dios la vio de lejos” (2 R 4:25)*. No sabemos cómo la reconoce a la distancia, pero de inmediato le dice a su criado Giezi que salga al encuentro de la mujer y le pregunte por su salud, la de su esposo y la de su hijo. El sirviente se aproxima y repite las preguntas tal como le fue mandado. Ella responde: *“Bien” (2 R 4:26)*. Por supuesto que no está nada bien, pero supongo que responde así para evitar dar más detalles. Ella ha hecho ese viaje para hablar con el profeta Eliseo, no con Giezi. Probablemente, ese criado no le inspiraba demasiada confianza.

La sunamita llega donde está el hombre de Dios y sin decir palabra se arroja a sus pies. No puede decir nada porque su corazón está inundado por el dolor.

Al ver esto, Giezi actúa de una manera natural, pero sin compasión. Trata de apartarla, quizás con la misma actitud de los fariseos que decían del Señor Jesús: *“Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, porque es pecadora” (Lc 7:39)*. Pero el profeta Eliseo responde: *“Déjala, porque su alma está en amargura” (2 R 4:27)*. En esta respuesta vemos la compasión del varón de Dios. ¡Qué importante es para los creyentes el poder discernir y actuar adecuadamente cuando la

persona a nuestro alrededor está en una situación de sufrimiento o crisis! Giezi vio una mujer que molestaba al profeta. Eliseo ve una persona cuya *“alma está en amargura”*. Pero agrega algo que es muy interesante: *“El Señor me ha encubierto el motivo, y no me lo ha revelado”*. Eliseo ha llevado a una vida espiritual tan cercana a Dios que está acostumbrado a que el Señor le muestre lo que va a suceder (**2 R 5:26**). Nuestro Señor les dijo a sus discípulos: *“Os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre”* (**Jn 15:15**).

Finalmente, la madre abre sus labios y dice: *“¿Acaso pedí yo un hijo a mi señor? ¿No te dije que no me llenaras de falsas esperanzas?”* (**2 R 4:28**).

La mujer pronuncia estas palabras y calla. Las lágrimas corren por su rostro afligido. Ha terminado su argumentación. No se queja contra Dios. En algún sentido, hace responsable al profeta de su desdicha. ¡Quizás hubiese sido mejor no haber tenido el hijo, en vez de perderlo después de haberlo amado tanto!

Eliseo ordena a Giezi que vaya inmediatamente hasta la casa de la mujer y que coloque su bastón sobre la cara del niño. Pero esa madre sabe que allí se puede perder o ganar la batalla. Parecería que Giezi nunca le ha inspirado confianza. La sunamita dice: *“Vive el Señor, y vive tu alma, que no me apartaré de ti”* (**2 R 4:30**). El profeta sabe que ella habla muy en serio. La mujer está abrazada a sus pies como el náufrago a su tabla de salvación.

El versículo 31 nos dice que *“Giezi se adelantó a ellos”*. Allí va este hombre ambicioso, queriendo aprovechar su oportunidad de demostrar que él también puede hacer milagros. Llega a la habitación donde está el cuerpo del niño y sigue las instrucciones del profeta, pero no sucede nada. La cara de Giezi muestra su disgusto. Sus esperanzas de hacer un milagro desaparecen. ¿Será posible que le haya faltado la fe? Giezi vuelve al encuentro de Eliseo, que ya se está acercando, y con voz grave dice *“el niño no se ha despertado”*.

Como médico, sé lo que se experimenta cuando uno trata de hacer todo lo posible y el paciente no mejora. Pero creo que Giezi está diciendo algo así como: *“Yo hice todo lo que usted me dijo que hiciera, así que no es mi culpa si el milagro no se produjo”*.

El versículo 32 nos relata la escena como si fuera una filmación en cámara lenta, para darnos más detalles: *“Cuando Eliseo llegó a la casa, he aquí que el niño estaba muerto, tendido sobre su cama”* (**2 R 4:32**). No se nos dice qué es lo que experimenta el profeta en ese momento. Cuando Jesucristo fue al lugar donde Lázaro fue sepultado, preguntó dónde lo habían puesto y entonces Jesús lloró. Yo creo que, al ver el cuerpo de ese niño, en la mente de Eliseo se agitaron muchos pensamientos. Después de todo, él mismo había prometido que Dios lo iba a traer al mundo. Seguramente, en sus muchas visitas a la casa de ese niño, se había encariñado con él. Ese infante lo habría acosado con preguntas: *“Señor profeta, ¿es verdad que usted hizo que las aguas venenosas se hicieran dulces y sanas? ¿Cómo fue lo que mi mamá me contó acerca de la viuda a quien usted le proveyó una gran cantidad de aceite en forma milagrosa? Señor Eliseo, no se lo tome a mal, pero cuando yo sea grande como usted también me gustaría ser un profeta”*.

Imagine la escena. Allí está la madre con su corazón desgarrado por el dolor y con la noticia de que el niño no responde. Allí está Giezi, que ha adoptado aire de circunstancia, como si fuera empleado de una empresa funeraria. Y allí está Eliseo, el varón de Dios. Desde la puerta abierta, ha visto el cuerpo inmóvil del niño.

Esa puerta entreabierta en una habitación a media luz representa un desafío para Eliseo. Así se siente el cirujano cuando va a la sala de emergencias para ver a ese politraumatizado que está gravísimo a causa de un accidente de automóvil. Al entrar en esa sala y encargarse de la situación, sabe que, de ahí en más, él es responsable. El

bombero que trata de rescatar al anciano del edificio en llamas sabe que, aunque su tarea sea muy peligrosa, debe afrontar su obligación. ¡Qué fácil es rechazar el desafío! A veces pensamos que es más cómodo no aceptar el reto, creyendo que de esa manera evitaremos el fracaso con todo lo que eso significa.

Pero el profeta entra en la habitación y cierra la puerta. Los sirvientes de la casa y Giezi quedan afuera. La madre, muy probablemente, se ha quedado abajo. El Espíritu Santo se ha dignado mostrarnos lo que sucede en esa habitación. En primer lugar, la puerta está cerrada. El varón de Dios necesita estar en completa comunión con el Señor y sin ningún tipo de distracciones ni molestias. El silencio es sepulcral. No se nos dice si la lámpara se ha encendido. Quizás entra un poco de luz por la pequeña ventana que está en la parte alta de la pared. Ahora Eliseo ora al Señor. Sin duda, clama a su Señor de todo corazón. Es en ese momento, durante ese tiempo de oración, que el Señor le revela lo que tiene que hacer. El cuerpo del niño está frío. Ya han transcurrido muchas horas desde que dio su último suspiro. *“Después subió y se echó sobre el niño, su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos” (2 R 4:34)*. Esto parece señalar que no es un niño muy pequeño. Quizás tenga entre ocho y 12 años. Los párpados del profeta sienten los párpados helados del niño. Sus labios sienten los labios congelados del infante. Sus manos tocan las manos glaciales del niño. Si algún profeta tuvo alguna vez un contacto muy próximo con lo que la muerte significa, ese fue Eliseo. El profeta de Dios tiene una identificación profunda con la muerte. La siente en su boca, en sus ojos y en sus manos. Esa boca que ya no habla, esos ojos que ya no ven y esas manos que ahora parecen de mármol. Pero hay alguien que estuvo todavía más cerca de la muerte. Fue el Señor Jesús. Él experimentó la muerte de una manera que nosotros jamás la podremos experimentar. Fue cuando murió en la cruz por nuestros pecados. *“Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él” (2 Co 5:21)*.

Lo que hizo el profeta fue algo muy peculiar. De acuerdo con la ley de Moisés, él quedaba *“contaminado”* por estar en contacto con un cuerpo muerto **(Nm 9:6)**. Pero el versículo 34 termina diciendo que *“así se tendió sobre él, y el cuerpo del niño entró en calor”*. Notemos, no obstante, que el niño sigue muerto. Eliseo camina por la casa de un lado a otro. El niño está en el aposento de arriba y suponemos que Eliseo ha bajado los escalones y camina por la casa. Parece que está esperando algo.

La madre debe de haberle preguntado: *“¿Cómo está mi hijo?”*. ¿Qué madre no lo haría? La respuesta del profeta habrá sido algo evasiva. El mismo Eliseo se interroga a sí mismo por qué el milagro no se produce. Por último, vuelve al cuarto donde está el niño.

Afuera se ha reunido un grupo de personas que, en completo silencio, trata de escuchar algo de lo que pasa en la habitación. Sus oídos se afinan para discernir cualquier sonido que les indique qué puede estar sucediendo allí dentro.

Hay cuatro clases de personas en esa casa. Cada una de ellas tiene pensamientos un tanto distintos en sus corazones.

Primero, la madre del niño, allí abajo en su casa, desea con todo su corazón que el milagro se produzca.

Segundo, Eliseo. Él sabe que el Señor puede hacer el milagro, pero se pregunta por qué causa Dios aún no lo hace. Cuando Giezi usó su báculo, el portento no se produjo. El varón de Dios también hizo lo que creía que tenía que hacer y pudo lograr que el cuerpo frío entrara en calor, pero nada más. La posibilidad de sufrir un revés cruza la mente del profeta.

En tercer lugar está Giezi. Él desea que el niño vuelva a la vida, pero si Eliseo lo logra, lo hará “quedar mal”, dado que él falló en el primer intento.

En cuarto lugar están los sirvientes, los cuales conocen y aman al niño desde que nació. Ellos también están del lado de la madre, pero tienen dudas.

Dios hace maravillas cuando todo parece haber terminado

Entonces, el Señor obra. El versículo 35 dice que, luego de pasearse por la casa, Eliseo “*subió y se tendió sobre el niño, y el niño estornudó siete veces. Luego el niño abrió sus ojos*”. Las personas que están fuera del cuarto escuchan ese estornudo característico del niño. Me imagino a los criados diciéndole a la madre: “¡Lo escuchamos estornudar! ¡Otra vez le atacó la alergia!”.

Para los que están fuera del cuarto, esos estornudos suenan como una música celestial, como un sonido de victoria tan contundente como la marcha triunfal de la ópera “Aída”. ¡Los estornudos indican que el niño está vivo! Algo tan sencillo y cotidiano señala que se ha producido el milagro. La muerte se había certificado cuando el niño había dejado de respirar por varios minutos, pero el fuerte y repetido estornudo evidencia que el niño ahora está vivo. El versículo 35 termina diciendo: “*Luego el niño abrió sus ojos*”. Al hacerlo, ve el rostro del profeta Eliseo. Mira a su alrededor y pronuncia la misma pregunta que hacen quienes han perdido el conocimiento: “¿Dónde estoy?”. De inmediato, reconoce el dormitorio que el varón de Dios ha utilizado tantas veces. Sabe que su madre a menudo le decía: “Hijo, no quiero que molestes al varón de Dios cuando está en su habitación, porque él pasa muchas horas orando”. Cualquiera de nosotros hubiera corrido para anunciarle la noticia a la madre. Después de todo, ¡ha sido una verdadera victoria! Pero Eliseo, con toda calma, llama a Giezi y le encarga que llame a la madre. Ella sube corriendo las escaleras. Me recuerda las veces que el cirujano sale de la sala de operaciones para hablar con la familia del resultado de la operación quirúrgica. “¡Doctor! ¿Cómo salió la operación?”, preguntan con angustia los parientes. Y es en el rostro grave o sonriente del médico donde se reconoce la respuesta aun antes de que éste hable.

La mujer entra en la habitación y Eliseo le dice, “*toma a tu hijo*”. Allí está el niño, de nuevo con sus ojos inquietos que se mueven para todos lados y con una gran sonrisa. La madre comienza a llorar tan intensamente como cuando el niño había muerto, pero ahora son lágrimas de alegría. Se echa a los pies del profeta.

No se nos dan los detalles del resto de la escena, pero sin duda, en ese lugar, se eleva una alabanza silenciosa y profunda, quizás similar a la de Marta y María luego de la resurrección de Lázaro. Eliseo sabe que el milagro no se ha producido por medio de su poder sino por la gracia de Dios.

Al comenzar la historia, hemos visto a esta mujer importante abrazada a los pies del profeta para suplicarle por la vida de su hijo. Ahora la vemos agradeciendo por el milagro. “*Después tomó a su hijo y salió*” (2 R 4:37).

— ¿Mamita, por qué me abrazas tan fuerte? — dice el niño.

— Porque te amo mucho — responde la madre.

Algunas acotaciones médicas para personas que no son médicos

El niño tiene una enfermedad muy grave, que se conoce con el nombre de “hemorragia subaracnoidea”. Esto es debido a la rotura y sangrado en la parte exterior del cerebro de una arteria dilatada (aneurisma).

El diagnóstico de hemorragia subaracnoidea es bien claro, aunque el único síntoma que se describe es el dolor de cabeza intenso. Ese es el signo característico de esta enfermedad. El sangrado se debe, en general, a la rotura de una pequeña arteria que está “abultada” desde el nacimiento (un aneurisma, debido a una malformación congénita). Al romperse esa arteria, la sangre (“a presión”) se acumula en el espacio fuera del cerebro y comprime las estructuras donde están los centros que controlan las funciones vitales, como la respiración. Un diagnóstico que se menciona en muchos libros es el de “golpe de calor” o hipertermia maligna. Pero el síntoma de este niño no se corresponde en absoluto con esta enfermedad.

La mayoría de los médicos opinan que lo que hizo Eliseo fue un caso típico de “resucitación boca a boca” proveyendo aire a los pulmones y efectuando compresión torácica para estimular la circulación cardíaca. Yo creo que este es un milagro real. En la resucitación boca a boca, sólo se obtienen buenos resultados si se hace en los primeros minutos luego del paro respiratorio, pero en ese caso han pasado muchas horas.

Es interesante notar las similitudes y diferencias entre los milagros de resurrección que Dios hace por medio de Elías y de Eliseo. En el caso del milagro de Elías, el personaje principal parecería que es el profeta y su lucha en oración en la privacidad de su cuarto. Aquí, parecería que es la madre. A diferencia de la viuda de Sarepta, esta mujer no se queja contra Dios, aunque en cierto sentido se queja contra Eliseo.

De la misma manera que Giezi trata de deslindar su responsabilidad ante el milagro que no pudo hacer, es triste reconocer que en la actualidad sucede algo similar en ciertos ambientes cristianos. Cuando alguien está enfermo y el milagro no se produce, se le echa la culpa al paciente de no tener suficiente fe. En los milagros del Señor Jesús relatados en el Nuevo Testamento, la fe no es la condición imprescindible en todos los casos. Ni el hijo de la viuda de Naín ni la hija de Jairo tuvieron fe, porque estaban muertos.

En cuanto al fracaso de Giezi, Jamieson plantea lo siguiente: “A Giezi le fue permitido fallar para que la sunamita y la gente de Israel, quienes en su mayoría tenían la noción supersticiosa de que el poder de hacer milagros residía en algunas personas u objetos, aprendieran que esto sucedía solamente por la oración perseverante y la fe en el poder de Dios”. Yo creo que Eliseo le dio a su siervo una probabilidad real de sanar al niño, pero su fracaso se debe a la falta de fe de Giezi, muy similar a la falta de fe de los discípulos con el niño endemoniado (**Mt 17:16**).

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- La importancia de la perseverancia en oración.
- La misericordia y poder de Dios que está más allá de las expectativas humanas.
- El testimonio de una vida de santidad de Eliseo y su influencia en la comunidad.

Preguntas para reflexionar y discutir

- ¿En qué medida considera usted importante la perseverancia en la oración?
- ¿En qué situaciones específicas recuerda que Dios haya obrado en su vida cuando usted creía que ya todo estaba perdido?
- ¿Qué lugar ocupa la oración en su vida? ¿Aparta usted un momento especialmente dedicado a la oración durante el día? ¿Por qué sí o por qué no?
- ¿De qué manera le impiden sus ocupaciones dedicarse a la oración, como sucedía con el padre del niño?